

LA MUJER de LA RAZA

ISABEL LA CATOLICA, o la unidad nacional.

La presencia inmortal de esta soberana en los anales patrios va unida al recuerdo de los hechos más grandes de nuestra Historia. Bajo su gobierno y merced a sus personales iniciativas, España abre los caminos del Nuevo Mundo, ganando almas para Cristo, y termina la reconquista del solar ibero, después de siete siglos de dominación árabe. Modelo de madres y reinas, Isabel la Católica educó a sus hijos con especial cuidado y entendió en todas las cuestiones del Estado. Amiga de la cultura y de la justicia, dió leyes para que el saber y el derecho fueran razón de existencia en las tierras de su mando. Piadosa, firme y valiente, la gran Reina de Castilla hizo de la fe una norma; de la robusta resolución de sus mandatos, una directriz, y del valor, un medio para lograr la unidad política y religiosa de España. Figura señera del Renacimiento, la excelsa Soberana de Castilla señala una época de esplendor —la máxima— en la vida española. Duran tesu tiempo, las armas, las artes, las letras, llegan a su apogeo, y es precisamente el ímpetu ejemplar de su sabio y recto proceder el que incrementa más y más la magnificencia de este glorioso siglo xv, nuncio y preludio del siguiente, en el que el Imperio colmó sus glorias patrias.



ISABEL LA CATOLICA

España fué en todo momento vivero fértil de mujeres relevantes, destacadas en todos los órdenes de la vida humana. Junto a la cantera inagotable de nuestros hombres ilustres, ellas les han dado siempre una réplica adecuada y precisa en todo momento. El espíritu femenino ha dejado tan hondas huellas en la Raza, que es, muchas veces, consustancial con la misma concepción de este sentido étnico y moral que hemos dado los españoles a aquella palabra. El Arte y la Ciencia, la Santidad y el Heroísmo, el Amor y el Dolor, han dejado entre nuestras féminas rasgos varios y multiformes; en ocasiones culminaron en prototipos ejemplares, dignos de encomio y alabanza, y merecedores de universal aprecio.

La mujer española—no nos ciega el patriotismo al afirmarlo—ha dado pruebas, a lo largo de los siglos, de ser capaz de las más heroicas gestas, culminar con las más altas empresas políticas, sobresalir en las más señaladas tareas intelectuales y reinar en el Cielo con el imperio soberano de su santidad veneradísima. Basta volver los ojos, en aleccionante mirada retrospectiva, y anegarse en el panorama fecundo de numerosas vidas, óptimas y henchidas de merecimientos, para formar un nutrido escalafón de inmortalidad.

Santas como Teresa de Jesús, Casilda de Toledo, las dos Eulalias, María de la Cabeza... incorporan al Martirologio cristiano vidas dechadas de famosa



ISABEL CLARA EUGENIA

virtud; heroínas como María Pita, María Agustín, Casta Alvarez, Manolita Malasaña, Agustina de Aragón..., forman con sus nombres un collar indisoluble de amor patrio; artistas como Ladvenant, «La Tirana», «La Caramba», «Rita Luna», Concepción Rodríguez, Matilde Díez..., brillan en el teatro con luz cegadora; escritoras como la hija de Nebrija, la doctora de Alcalá, Sor María de Jesús de Agreda, la novelista doña María de Zayas y Sotomayor, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, Fernán Caballero, la Pardo Bazán..., dejan con sus escritos una aportación brillantísima en el curso de nuestra Literatura; reinas como María de Molina y emperatrices como la duquesa de Montijo, significan en la marcha de los pueblos un timbre de orgullo; así también, pensadoras como Concepción Arenal; ejemplos de audacia y decisión, doña María de Cuéllar y doña María de Toledo, que acompañan a sus esposos en las travesías hacia el ignoto Nuevo Mundo...

En estas fechas, precisamente ahora que los valores de la Raza van teniendo su debida silueta en el comentario y la admiración, será bueno recordar con anhelo entrañable algunas de aquellas mujeres que hicieron patria con el Crucifijo, con los libros, con la pluma y con el amor. Que su recuerdo estimule vuestros actos, lectoras, y su vida tenga en sus heroicos reflejos la grata virtud de los espejos...



MARIA GUERRERO

ISABEL CLARA EUGENIA, o la gracia de la política.

Cuando aires turbulentos pretendían tambalear el Imperio español, socavado en sus principios por las actividades de la Reforma, Felipe II decide en buena hora enviar a las tierras de Flandes a Isabel Clara Eugenia, su querida hija, a la vez que continuadora sabia de su timón gobernante. Y como por arte de magia, la celebrada princesa, desde que pusiera sus pies en los Países Bajos, soluciona todos los conflictos y allana todas las aristas. Un pensador dijo que su gobierno fué «la Edad de Oro de Flandes». Su presencia en los parques de Mairmont es acogida con júbilo y cariño. La novia de Europa ha ganado a sus súbditos con el corazón y ha triunfado en la difícil política de la expansión con las armas seductoras de la gracia. Su vida austera y recogida es toda la herencia de su homónima la Reina de Castilla. Inflexible



BEATRIZ GALINDO



CONDESA DE BURETA